

Travesía Cívica. México electoral 2021: la polarización del mal y buen humor

Carlos González Martínez

Invitado

Ciertamente, el país está polarizado. Mejor dicho: la sociedad mexicana está polarizada. Así lo dejaron en claro las formidables lecciones de las enormes elecciones del junio mexicano de 2021. Pero no está polarizada entre opciones políticas o entre quienes apoyan al presidente de la república y su partido, por un lado, y quienes reniegan de ellos, por el otro. Ambos bandos son realmente existentes y son y están igualmente coléricos, cegados, malhumorados. Son, ambos, violentos y riesgosos. Pero esa no es la verdadera polarización. La verdadera polarización está trabada entre el mal humor de los “políticos” y el buen humor de la ciudadanía. Veamos.

Llegamos al domingo 6 de junio con tremendo temor. Nos habían anunciado que de las urnas surgiría un país dividido en dos y que todo lo logrado hasta ahora en el terreno democrático podría irse por la borda a la que nos llevarían unos y otros enemigos acérrimos. No se entendían (ni se entienden) esas dos posturas como contendientes democráticos, sino como enemigos antidemocráticos. Ni el pluralismo, ni la tolerancia, ni el reconocimiento del otro (la otredad paciana), ni el diálogo, ni el consenso, ni la legalidad eran ni son sus principios, sino el simple, primitivo, bárbaro impulso de la negación, la etiquetación y la aniquilación, así fuera simbólica, ideológica, política, personal. No importaba quién ganara o perdiera, la polarización nos llevaría a la intolerancia y al autoritarismo, fuese intentando hacer avanzar el proyecto gubernamental o llamando a frenarlo... Sin embargo, nada de eso pasó, ni pasará por más que las elites se sigan empeñándose en lograrlo, como dejaron en claro las lecciones de las elecciones.

El mal humor de la así llamada “clase política” era evidente y campeaba por todos lados, sobre todo por todos los lados con los que querían circundarnos: en la televisión y la radio, en las redes sociales y los medios electrónicos, en las mañaneras conferencias de prensa y en los nocturneros programas de opinión, en las anglosajonamente llamadas fake news o en las simples y llanas mentiras, provocaciones, infamias, llamadas así en simple y llano español mexicano. Decenas de millones de mensajes promocionales extrañamente llamados spots nos fueron lanzados desde las más de 200 mil posibles campañas para optar por los más de 21 mil cargos en contienda (no en “disputa”, ¡por favor y por piedad!). Todos tenían el mismo origen y destino: “estamos de mal humor y nos queremos dañar, y te vamos y estamos dañando”. Esa era la temperatura del temperamento público con el que quisieron atemperarnos. Discursos y prácticas de violencias frente a la cultura de la paz que necesitamos construir. Pero no lo lograron.

En cambio, las y los ciudadanos salimos de las urnas del domingo 6 de junio con una singular alegría. Con una especie de dibujada sonrisa de quien sabe que iba a una trampa en la que no sólo no cayó, sino que la desactivó. Frente al mal humor de quienes ostentan cargos de gobierno, dirigencias de partido y candidaturas de todo orden, ante su gritería ensordecida, las personas electoras llegaron a las

casillas bien y de buenas: de buen humor, a dialogar con mesura, con su voto, con el ejercicio de un derecho que buenamente nos hemos ganado. Habían escuchado y sabían del cuento de la polarización, pero conocían y recordaban su historia de la politización: de la forma en cómo con su voto han decidido, por lo visto mucho mejor que las elites partidarias, cómo transformar la política mexicana y su régimen.

Ese día, el de las elecciones más grandes, más complejas, más complicadas y también de las más violentas de la historia nacional, los millones de mexicanos y mexicanas convocadas a hacerse cargo de las propias elecciones como personas funcionarias de casilla, auxiliares de las autoridades electorales autónomas, observadoras y, esencialmente electoras (recordad: la soberanía reside original y esencialmente en el pueblo...) dieron la lección más grande de la elección: el sufragio es nuestro, la elección es nuestra, porque nuestro es el poder, la democracia y el estado. Y así, en un porcentaje insospechado, inédito y enmarcado en medio de la pandemia humana más planetaria de cuantas ha habido, el 52 por ciento del cuerpo electoral salió a andar para mostrar que el sendero que se ha dibujado es el de la pluralidad, la convivencia democrática y el respeto a las leyes y procedimientos que le permite decidir validar su apoyo mayoritario a la opción actual de gobierno, sin consentirle sus excesos ni exabruptos.

Ese insigne día y por primera vez, se instaló una casilla en casa de mis padres. Yo estuve allí como inactivo soporte logístico. Mi papel fue proveer de agua, cafeína, carbohidratos, fructuosa y acceso al sanitario a las personas que, en mayoría de mujeres, se hicieron cargo de la votación allí, desde antes de las 7 de la mañana que comenzarían a llegar hasta después de las 10:30 de la noche en que concluyeron su labor como autoridades del estado mexicano y ciudadanía constructora de ciudadanía. El primero en llegar fue Alfonso, un joven veinteañero delgado, desgarrado y despeinado que llevaba una libreta y todas las ganas del mundo por hacer algo por su país. Era el segundo suplente general, por lo tanto no era del todo segura su participación en la mesa directiva de casilla, pero su convicción de paz y ganas de hacerlo eran superiores a cualquier discurso de odio y violencia que hubiese querido disuadirlo. Durante todo el día no dejó de llegar gente y votar con todo orden, civilidad y protocolos sanitarios. Muchas fueron las voces que agradecieron a Martha, la presidenta, y las demás personas integrantes de la mesa directiva su presencia y dedicación. Una mamá llegó con sus hijas que votaban por primera vez y se tomó fotos con ellas, con una alegría que sólo podría constatar el buen humor de una ciudadanía que ese día estaba demostrando que la sociedad está polarizada, pero entre quienes entienden el voto y la democracia y quienes no. Ese, atormentado y atolondrado, es nuestro país. Y así lo queremos y así lo vamos a seguir cambiando.

Carlos González Martínez es profesor, activista y consultor en construcción de ciudadanía y elecciones.